

**EL NACIONALISMO CATALÁN:
MITOS Y LUGARES DE MEMORIA**

Jordi Canal (coord.)

El catalán en su paisaje. Algunas notas sobre los usos del imaginario del paisaje catalán, y catalanista, en el primer franquismo*

ÀNGEL DUARTE
Universitat de Girona

PAISAJE Y NACIÓN

LA segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX configuraron el dilatado arco temporal en el que tuvo lugar el tránsito del provincialismo al regionalismo, así como la incubación y la subsiguiente propagación del moderno nacionalismo catalán. Entre *La Pàtria*, de Buenaventura Aribau, de 1833, y las odas patrióticas de Ventura Gassol, el estrecho colaborador poético de Francesc Macià en tiempos de la Cataluña autónoma y republicana, el catalanismo, entendido en el sentido más lato posible, fue acumulando y perfilando distintos utensilios culturales con los que alimentar los proyectos políticos más variados y sus plurales modalidades de acción colectiva. El nexo entre uno y otro momento, del mismo modo que el que enlazaría a uno y otro vate, no era de naturaleza causal, y, en consecuencia, el camino no era ineludible.

No se trata, por tanto, de asumir en estas páginas una perspectiva teleológica, tan cara al nacionalismo; al catalán y a los otros. Ello no obsta para constatar que en vísperas de la Guerra Civil de 1936, e incluso durante el desarrollo de la contienda, el nacionalismo y, por extensión, el frentepopulismo catalán, esgrimieron, sin rebozo alguno, un repertorio de materiales que había ido acopiándose de la *Renaixença* en adelante. Idealmente, la época de la autonomía republicana y de la Cataluña populista¹ debería haber sido,

* Este trabajo se inscribe en el proyecto «Paisaje, memoria, nación: Cataluña en la España contemporánea», MCYT: BHA 2001-0859.

¹ Fórmula debida a Enric Ucelay Da Cal, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, Barcelona, La Magrana, 1982. Un ejemplo de uso en plena Guerra Civil de ese extenso cúmulo de referencias en *Presència*

para gran parte de sus protagonistas, la estación de la siega: el momento en el que la centenaria labor de siembra y cultivo diese sus ubérrimos frutos.

Entre esos utillajes culturales a los que me he referido figuró, en lugar destacado, la lectura simbólica del paisaje, del territorio y de los factores ambientales². Éstos constituían el receptáculo natural sobre el que se erigía la comunidad regional o nacional. No es un dato excepcional. En rigor debería recordarse que acaeció del mismo modo en el grueso de las culturas nacionalistas occidentales, también en la española en su conjunto. El argumento era simple, circular y muy eficaz: las montañas y los ríos, los bosques y el aire, el mar y el cielo, ya fuesen el resultado de la iniciativa divina o de la evolución autónoma de la naturaleza, daban lugar a la etnia, a la raza. Ésta, asentada en el territorio que la había alumbrado, lo transformaba, lo organizaba dando ocasión, a partir de las experiencias individuales y colectivas, a la formalización del lugar³. En última instancia, la raza forjada por el ambiente originaba la nación. La nación era, pues, un dato previo a la política. A ésta última se le reservaba la función de alcanzar la plenitud institucional de una patria primigenia, ya dada. La política, entendida como gestión de los intereses de la comunidad, podía traicionar o respetar el sentido último del paisaje. Sólo la segunda opción alcanzaba el rango de genuinamente patriótica y nacionalmente correcta.

Los catalanes eran, en resumidas cuentas, el producto secular de un cierto paisaje. De tal manera que, ninguna contingencia, ya fuese un régimen particularmente adverso o bien una derrota militar, podía evitar el cumplimiento de un destino que les vendría marcado por el hábitat. El medio ambiente tenía tal capacidad fundadora que acabaría imponiéndose inclusive en el caso de cumplirse los más oscuros presagios:

... si fos tan gran la nostra desventura que la gent catalana fos del tot dominada, esclavitzada i totalment destruïda, i no restés ni una

de Catalunya. I. La Terra. El paisatge català a través dels seus poemes, Generalitat de Catalunya; Departament de Cultura; Serveis de Cultura al Front, 1938.

² Para una explicación teórica del paisaje simbólico, o de su sinónimo «spacing image», Gerhard Strohmeier, «Das Raumbild des Amerikanischen Westens», en *Zeitschrift für historische Anthropologie*, I, 1993. Para un ejercicio concreto, entre otros muchos, David Matless, *Landscape and Englishness*, Londres, Reaktion Books, 1998.

³ Miguel Aguiló, *El Paisaje Construido. Una aproximación a la idea de lugar*, Madrid, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, 1999, págs. 15 y sigs.

dona catalana per a parir; amb la sang dels vencedors, amb aqueixes o unes altres aparences, el nostre paisatge tornaria a produir amb els segles una altra raça catalana tan essencialment catalana com la nostra⁴.

La cita es de Pere Coromines, un destacado representante de la izquierda democrática y republicana de las primeras décadas del Novecientos; pero no habría que escarbar demasiado para encontrarnos con un sinnúmero de ejemplos equivalentes en todo el abanico ideológico del moderno nacionalismo catalán. Al fin y al cabo, catalanistas de izquierdas o de derechas, tradicionalistas o liberales, republicanos o indiferentes en materia de régimen, separatistas o autonomistas, populistas o intelectualizados, compartían los rasgos básicos de una misma estructura narrativa.

Dicha narración tenía sus orígenes, como hemos indicado, en la *Renaixença* y se habría visto reforzada, medio siglo antes de que Coromines redactase sus concluyentes conjeturas, desde mediados de la década de 1880. Fue entonces cuando, bajo el impacto emocional de lo que habían significado los turbulentos años del Sexenio Democrático y la Primera República, tuvo lugar una profunda reconsideración de la tradición liberal autóctona. Esa revisión estuvo alimentada por la deslegitimación o pérdida de confianza en el carácter formativo del parlamentarismo y de su deriva democrática, y había dado lugar a obras tan diversas como *Herejías*, de Pompeu Gener o *L'Espagne telle qu'elle est*, de Valentí Almirall, ambas del año 1886. Gener, por ejemplo, aseguraba:

... de los estudios etnográficos, geográficos, climatológicos e históricos, [Cataluña] resulta ser una nación por la fusión de razas arias casi en su totalidad. Con un medio ambiente especial, con un pasado glorioso, con tradiciones propias, con una lengua literaria que ha dado grandes obras maestras, reinando sobre todo el Mediterráneo. Por tanto [los catalanistas] apoyan su aspiración a la autonomía, no sólo en el pasado histórico, sino en algo más hondo, en la raza, en la diferenciación antropológica, en la psicología y la lingüística, en el medio ambiente y en la directriz de la evolución, según el genio de la nacionalidad catalana, cuyas lineaciones una inducción sería determina. (...) Quisiéramos organi-

⁴ Àngel Duarte, «La ciutat, el paisatge i la nació. Una lectura de l'obra de Pere Coromines», en *Estudi General* 13, Universitat de Girona 1993, pág. 100. En este trabajo hacía notar la similitud con los argumentos de gente tan dispar como Enric Prat de la Riba o Antoni Rovira i Virgili. Santiago Izquierdo, *Pere Coromines (1870-1939)*, Catarroja-Barcelona, Afers, 2001.

zar Cataluña conforme el carácter que nos da la raza, el clima, la vegetación, la situación geográfica y las altas tradiciones de las edades pasadas, todo en armonía con el movimiento general de la civilización europea, con un gran esplendor de arte, de ciencia, de filosofía y de manifestaciones vitales⁵.

La voluntad popular ha pasado a ser sustituida por razones ancestrales, indestructibles, determinadas por el peso abrumador de la etnia y el paisaje.

ESPAÑA Y EL PAISAJE CATALÁN EN EL PRIMER FRANQUISMO

La potencia plástica, la polisemia y el grado de consolidación de las alegorías paisajísticas las convertían, por definición, en materiales susceptibles de reciclaje. Aun habiendo sido codificadas con una inequívoca intención catalanista, podían ser usadas por parte de proyectos abierta y decididamente antagónicos. Por decirlo con brevedad, el primer franquismo pudo, en Cataluña, reconsiderar y hacer un uso propio de buena parte de las imágenes del paisaje y de las metáforas territoriales que procedían del acervo nacionalista catalán.

La finalidad de dicho reaprovechamiento era doble. Sin que queramos con ello indicar un orden de prioridades, podríamos empezar recordando que, por un lado y aunque no siempre el éxito acompañase a la empresa, el franquismo necesitaba procurarse un terreno de consenso y de complicidad con amplios segmentos de la ciudadanía catalana. El exilio, la cárcel o los campos de trabajo fueron, ciertamente, el destino de un número importante de catalanes vinculados a las tradiciones republicanas, obreristas o nacionalistas; pero, más allá de ese dato existía una sociedad que tuvo que recomponer su propia dinámica, una ciudadanía que, o siendo franquista o aun no siéndolo, montó sus estrategias de supervivencia teniendo en cuenta la consolidación irreversible de las estructuras de poder creadas por los vencedores en la contienda civil. Ese continuar viviendo, un innegable automatismo, se daba también en el terreno del consumo cultural y en lo relativo a la información. Junto a los productores y consumidores culturales que

⁵ P. Gener, *Herejías*, citado por Enric Ucelay Da Cal, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003, pág. 274.

se habían instalado en lo que podríamos designar como el exilio interior, subsistía, desde un primer momento, un público lector que, del mismo modo que aspiraba a encontrar información, lo menos sesgada posible, sobre lo que ocurría en los campos de Europa durante la Guerra Mundial, se solazaba, sin más, con los ecos que de ese paisaje catalán, de las leyendas autóctonas o del folklore regional, que, a pesar de la atonía ambiental, podía encontrar en periódicos o exposiciones⁶.

El conservadurismo inherente a la perspectiva fijista y deísta de los horizontes territoriales y ambientales los hacía especialmente aptos para convertirse en terreno de encuentro entre el régimen y una ciudadanía, burguesa y mesocrática, no necesariamente adicta a las nuevas autoridades y a la retórica que desplegaron, pero horrorizada por el recuerdo de los últimos avatares sociales, políticos y militares, y, en última instancia, deseosa de pasar página. Esa ciudadanía disponía de un caudal de referencias que ahora, a efectos de gestionar una singularidad no conflictiva, podían liquidar o evocar, filtrar y reutilizar.

En paralelo a las sucesivas manifestaciones positivistas y vitalistas a las que aludíamos en el apartado precedente, los años 1880 y 1890 habían visto forjarse, también en Cataluña, toda una tradición de pensamiento conservador y católico, no necesariamente reaccionario, que enlazaba la continuidad del país no tanto con el propósito de conquista de ámbitos de decisión política, que también, como con la permanencia y el cultivo de elementos de catalanidad. En el año 1897 el dirigente conservador Joan Mañé i Flaquer, para poner en cuestión la idoneidad de uno de esos manifiestos a los que tan proclive era al primer catalanismo, el de solidaridad con el rey de Grecia, afirmaba:

El remedio de los males que sufrimos está en los pueblos más que en los gobiernos: restablezcamos las costumbres, los senti-

⁶ Un análisis del ambiente cultural en la Gerona de esos años a cargo de Narcís-Jordi Aragó, en el catálogo *Sota la boira. Lletres, arts i música a la Girona del primer franquisme (1939-1960)*, Museu d'Art de Girona, 2000, págs. 29-73. Para la demanda de noticias internacionales, véase Francesc Vilanova i Vila-Abadal, *La Barcelona franquista i l'Europa totalitària, 1939-1946*, Barcelona, Empúries, 2005. Reflexionan sobre los límites del catalanismo en el primer franquismo, Martí Marín i Corbera, *Catalanisme, clientelisme i franquisme. Josep Maria de Porcioles*, Barcelona, Societat Catalana d'Estudis Històrics (IEC), 2000, págs. 37 y ss; y Carles Santacana, *Victoriosos i derrotats. El franquisme a l'Hospitalet: 1939-1951*; prólogo de Jordi Cassasas, Barcelona, Centre d'Estudis de l'Hospitalet-Abadia de Montserrat, 1994.

mientos, las tradiciones catalanas en los individuos, en las familias y en los municipios, y habremos recobrado aquella Cataluña por la cual suspiramos. Mientras no haya catalanes, Cataluña no pasará de ser un nombre geográfico arcaico; cuando la región esté poblada por catalanes, el gobierno más tiránico tendrá que reconocer la existencia de Cataluña⁷.

Algunos ecos de esta manera de entender la estrategia y la presencia catalana en el seno de España podrán encontrarse, muy rápidamente en el verano y el otoño de 1939: en el *Homenaje de Cataluña liberada a su Caudillo Franco*, obra impulsada por el tradicionalista José M. Junyent Quintana y acogida en las ediciones del Fomento de la Producción Nacional, o en empresas estables, como la que gira alrededor de la, recientemente trasladada a Barcelona, redacción de *Destino*⁸. Tenían que continuar siendo catalanes. Es decir, fieles a una tradición y a un paisaje. También con Franco.

La segunda de las razones que explicaría la omnipresencia de la lectura simbólica del paisaje catalán tiene que ver con la centralidad que, para el Estado franquista, tuvo el programa de nacionalización. La pieza catalana era una pieza más, imprescindible, en la recomposición del *puzzle* español⁹. Lo era contando con zonas tan emblemáticas como Poblet y las tierras del Ebro, la Tarragona imperial y mediterránea, Montserrat y la Manresa ignaciana, el Empordà clásico y la Girona inmortal que había resistido los sitios de las armas napoleónicas, los Pirineos con sus lugares de culto mariano, y tantos otros territorios que la intelectualidad *renaixentista*, modernista y/o *noucentista* había ido señalando como marcadores de identidad con notable éxito.

Repensar España podía, y debía hacerse, asumiendo lo que de aceptable tenía el ya veterano impulso regional. El argumento, desde la lógica del patriotismo español, contaba asimismo con sólidos antecedentes¹⁰. Si se obviaba la larga tradición liberal y ro-

⁷ E. Ucelay Da Cal, *El imperialismo catalán*, pág. 152.

⁸ *Homenaje de Cataluña liberada a su Caudillo Franco*, Barcelona, FPN, s.f. Pilar Cabellos i Eulàlia Pérez Vallverdú, «Destino. Política de Unidad' (1936-1946). Tres aspectos de l'inici d'una transformació obligada», en *Els Marges*, 37, 1987, págs. 19-36. Carles Geli y Josep Maria Huertas, *Les tres vides de «Destino»*, Barcelona, Diputació de Barcelona-Col·legi de Periodistes, 1989.

⁹ Xavier Arbós i Antoni Puigsec, *Franco i l'espanyolisme*, Barcelona, Curial, 1980, págs. 114-122.

¹⁰ Entre las aportaciones recientes a propósito de la interacción entre identi-

mántica ochocentista, vetada en esos momentos tras su caracterización como fuente de todos los males patrios, se podía empezar aludiendo tanto a Marcelino Menéndez y Pelayo como a Ángel Ganivet. En los párrafos finales y conclusivos de lo que ha podido ser valorado como el manifiesto fundacional del nacional catolicismo, la *Historia de los heterodoxos españoles* (1881), la defensa sin ambages de la nación española, y el rechazo categórico a todo nacionalismo alternativo, se sostiene sobre el reconocimiento de la pluralidad. En la obra de Menéndez y Pelayo ese reconocimiento se debe tanto a la influencia balmesiana como, de manera muy personal, al magisterio del catedrático, e impulsor del movimiento de los Juegos Florales, Manuel Milà i Fontanals¹¹.

Menéndez y Pelayo, empeñado en la tarea de releer la singularidad y la potencia de la cultura española a la luz de los valores conservadores y católicos, no tendrá mayores inconvenientes en aludir a la diversidad de climas y de producciones. El país, España, es complejo. Y esta complejidad se resuelve en la unidad profunda e indisoluble de la españolidad y el catolicismo. Desde este punto de vista, los regionalismos, como escribiría el tradicionalista Juan Vázquez de Mella en 1900, eran fundamentales en el asentamiento de la españolidad en la medida que eran poderosos afluentes que activaban el sentimiento de pertenencia y acababan, más pronto que tarde, confluyendo en el gran río que sería la nación española¹².

dades y proyectos regionales y nacionales, cabe destacar, Xosé M. Núñez Seixas, «The Region as *Essence* of the Fatherland: Regionalist Variants of Spanish Nationalism» en *European History Quarterly*, 31, n. 4, 2001, págs. 483-518; Justo G. Beramendi, «Identidad nacional e identidad regional en España entre la guerra del francés y la guerra civil», en *Los 98 ibéricos y el mar*, t. III, Madrid, Sociedad Estatal Lisboa'98, 1998, págs. 187-215; Ferran Archilés y Manuel Martí, «Un país tan extraño como cualquier otro: la construcción de la identidad nacional española contemporánea», en Maria Cruz Romeo e Ismael Saz (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, Universitat de València, 2002, págs. 302-322; M.^a Pilar Salomón, «Patriotismo y republicanismo en Aragón, o lo aragonés como símbolo de lo español (1898-1910)», en Carlos Forcadell y Alberto Sabio (coord.), *Las escalas del pasado*, IV Congreso de Historia Local de Aragón, Huesca, IEA y UNED, 2005, págs. 197-210; y Josep M. Fradera, «La dificultat de descriure la nació («regió» i «nació» en la historiografia catalana i internacional)», en Josep M. Fradera i Enric Ucelay Da Cal (ed.), *Notícia nova de Catalunya*, Barcelona, CCCB, 2005, págs. 121-157.

¹¹ Para el vínculo entre Milà y Menéndez y Pelayo, Manuel Jorba, *Manuel Milà i Fontanals en la seva època*, Barcelona, Curial, 1984.

¹² Citado por Xosé M. Núñez Seixas, «Inventar la región, inventar la nación: acerca de los neorregionalismos autonómicos en la España del último tercio del siglo XX», en C. Forcadell y A. Sabio (coord.), *Las escalas del pasado*, pág. 48.

En rigor, incluso en los años álgidos del nacionalismo catalán, los puentes con la cultura castellana, entendida en su sentido más amplio, siempre fueron fluidos. La confrontación se confundía, en no pocas ocasiones, con la complicidad o, como mínimo, el deseo de entendimiento desde una común vocación regeneracionista. La correspondencia entre las primeras figuras de la incipiente intelectualidad catalanista con sus homólogos de allende el Ebro así lo pone de relieve. Y no se halla entre los menos apreciados el otro nombre al que aludíamos como fuente de la que el franquismo cultural podía beber en relación al paisaje: Ganivet. En 1899, el citado Pere Coromines reivindicaba con entusiasmo la importancia del *Idearium* de Ganivet en la medida que, sobre todo en la primera parte de la obra, establecía el «carácter territorial como médula de la sociedad española»¹³.

El escritor y diplomático granadino habría iniciado, desde la perspectiva de no pocos intelectuales catalanes, una trayectoria que Miguel de Unamuno, Azorín, Pío Baroja o Ramiro de Maeztu proseguirían al situar el paisaje y la literatura castellanas como la expresión más acabada de las esencias nacionales. Serían estos últimos autores los que darían forma definitiva a una «concepción nacionalista, castellanista, inmóvil y mística de la nación que invertía más que desarrollaba la tradición liberal»¹⁴. El legado sería recogido, y modulado, por José Ortega y Gasset y los hombres de su generación. Tanto en un caso como en el otro, y en sintonía con las formulaciones del nuevo nacionalismo contrarrevolucionario francés —deberían recordarse las barresianas visiones de Toledo y El Escorial que se manifiestan en los años diez y veinte en la obra de Ortega—, el regionalismo era entendido como un factor de nacionalización¹⁵.

¹³ Citado por E. Ucelay Da Cal, *El imperialismo*, pág. 281.

¹⁴ Ismael Sáiz Campos, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pág. 77. En relación con las actitudes de la intelectualidad catalana en estos años resultan de consulta obligada los capítulos 5 a 8 de Jordi Cassas (coord.), *Els intel·lectuals i el poder a Catalunya (1808-1975)*, Barcelona, Pòrtic, 1999.

¹⁵ I. Sáiz, *España contra España*, pág. 81: «La región era considerada en prácticamente todas partes en aquella época como un factor de nacionalización y los mismo padres del nacionalismo francés, Maurras y Barrès, eran también regionalistas». Véanse los trabajos de José Carlos Mainer, Carmen Pena, Mercedes Valdivieso y José Carlos Brasas, entre otros, recogidos en *Centro y Periferia en la modernización de la pintura española (1880-1918)*, Madrid, Ministerio de Cultura-CNEPA-Àmbit Ser. Ed., 1993-1994.

Por último, los padres definidores del fascismo español, desde un Ernesto Giménez Caballero, en las páginas de *La Gaceta Literaria*, hasta Ramiro Ledesma Ramos u Onésimo Redondo, participaban con Unamuno y Ortega, del argumento de la diversidad: regionalismo y cosmopolitismo fascista son «dos aspectos de una misma idea»:

Desde luego tiene razón Ortega y Gasset, al soñar que son precisas todas las diversidades previas, todos los *regionalismos preliminares*, todos los separatismos —sin asustarnos de esta palabra—, para poder tener un verdadero día el nodo central, un motivo de hacinamiento, de fascismo hispánico¹⁶.

A finales de la primavera y principios del verano de 1939, se asentó en Barcelona una potente maquinaria propagandística al servicio de la concepción nacional que había tras el Estado Nuevo. Los atributos e intenciones de esa maquinaria responden, en términos generales y a pesar de las diferencias de criterio inicial que pueden detectarse respecto de las singularidades culturales catalanas, a lo apuntado por Ismael Saz en el sentido que el franquismo englobó, desde sus inicios y a lo largo de toda su trayectoria, proyectos culturales de origen y de naturaleza diversa. La afirmación, desde nuestro punto de vista incontestable, no desmerece, en absoluto, el uso monolítico que se hizo durante cuatro largas décadas del ejercicio del poder. La unicidad de éste no se correspondió con una reducción integral de los materiales culturales. El factor común a todos estos valores, eso sí, es que, como hemos señalado, se pusieron al servicio de un esfuerzo de nacionalización de España. Diversos intelectuales y corporaciones catalanas se unieron, si no lo habían hecho con anterioridad desde Burgos o Salamanca, o desde tierras de Francia o Italia, a esta tarea. Lo hicieron mediante iniciativas puntuales como las anteriormente señaladas. O bien revisando sus estrategias profesionales y adecuándolas al escenario de posguerra¹⁷.

¹⁶ Giménez Caballero citado por I. Saz, pág. 109. La cursiva es mía (A.D.). Numerosas pistas en este mismo sentido se hallan en los trabajos sobre Falange y literatura; desde el clásico de José Carlos Mainer, *Falange y literatura*, Barcelona, Labor, 1971 al reciente de Mónica y Pablo Carbajosa, *La Corte literaria de José Antonio: la primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003.

¹⁷ Siendo bien conocido el caso de Jaime Vicens Vives, acaso lo sea menos que el desarrollo de tácticas de aprovechamiento de los recursos académicos sujetos al nuevo marco tuvo, cabría insistir que entre los que se quedaron en Cataluña

El terreno de observación, en definitiva, es complejo y las perspectivas a estudiar múltiples. Sin embargo, en las páginas siguientes nos propondremos, de manera más limitada, una aproximación a tres casos personales en los que las metáforas paisajísticas jugaron un papel de primer orden.

EL FALANGISTA SE EXPLICA

El de 1949 era, todavía, un verano de posguerra. Y eso a pesar de que hacía ya una década que había concluido la Guerra Civil española y un lustro desde la derrota del nazismo y del fascismo en la Segunda Guerra Mundial. Europa y el mundo habían cambiado. Las ciudades y los campos del viejo continente, inmersos en un proceso de reconstrucción, todavía conservaban abiertas un buen número de cicatrices. Inclusive había aparecido una nueva, sangrante y medular, con la caída del Telón de Acero. Pero el nuevo orden que Berlín y Roma habían propugnado en las décadas precedentes, con la más o menos abierta complicidad de la España franquista, había pasado a mejor vida. Las democracias, en el Occidente europeo, se activaban. Las ciudadanías devenían protagonistas en la toma de decisiones y la vida económica, en buena medida gracias a la cooperación norteamericana, divisaba un horizonte de pronta recuperación. El tiempo restañaba las heridas, pero, en España, la lógica de los vencedores en el conflicto fratricida continuaba imperando. Lo hacía, sistemáticamente y con todo

tras 1939, un eco mucho más amplio. Josep M. Muñoz i Lloret, *Jaume Vicens i Vives, 1910-1960: una biografia intel·lectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997. Por poner un ejemplo podríamos recordar a Lluís Solé i Sabarís, epígono de la Escola Catalana de Geologia. La entrada correspondiente a ésta en el *Diccionari d'Història de Catalunya*, concluye con la siguiente referencia a Solé i Sabarís: «va saber crear una escola, entesa en el sentit professional, que va tenir el mèrit d'haver florit durant la difícil postguerra. Un tret constant de la geologia catalana ha estat el manteniment de relacions amb els especialistes europeus malgrat les difícils circumstàncies polítiques pròpies de la història d'Espanya». Firmada por Santiago Riera i Tuèbols, en Jesús Mestre i Campí (dir.), *Diccionari d'Història de Catalunya*, Barcelona, Ed. 62, 1992, págs. 400-401. Solé Sabarís publicaba en 1944, y en las páginas de *Arbor*, un artículo —«Ideas modernas sobre la constitución geológica de España»— en el que se apuntaba que la complejidad de «la constitución geológica del solar hispano» hacía de España un escenario de primer interés para la geología, dado que ofrecía «la posibilidad de resolver muchos de los problemas geológicos que plantea el estudio de Eurafasia». Véase *Arbor*, Revista General del CSIC, t. I, n. 2, marzo-abril de 1944, págs. 201-214.

el vigor inicial, en forma de conjunto de preceptos reguladores de obligado cumplimiento para el conjunto de la sociedad. Ni la economía, ni las prácticas sociales, por no hablar de los comportamientos políticos, habían visto alterados los rasgos fundacionales de un sistema orientado a la liquidación no ya del enemigo rojo, del republicano, del socialista y del separatista, sino a la anulación de la fuente de todos los males patrios, a la extirpación de cualquier veleidad liberal.

En ese contexto, el de 1949, un político franquista, y memorialista ocasional, anotaba estas elegíacas impresiones:

Son las siete de la mañana, y escribo viendo el valle que es asiento y solar del Monasterio de Poblet. La niebla agosteña se levanta y disipa, al conjuro de los dorados rayos. A la izquierda, surgen las altas sierras de Prades, que dan origen al gran barranco del Tillar; enfrente, entre cendales grisáceos, dibújase la silueta pobletana, como símbolo superviviente de la mejor Cataluña. Los chopos y los álamos plateados humanizan y enmarcan la visión que tan amada me es¹⁸.

Estas palabras figuran en el proemio al libro de recuerdos de un catalán, publicado dos años más tarde por su amigo Félix Ros, también falangista de primera hora. El catalán en cuestión era José María Fontana Tarrats, reusense, militante de primera hora en las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, y que, junto al elemento barcelonés encabezado por Roberto Bassas, José Ribas o Luys Santamarina, integró el núcleo originario de la Falange regional¹⁹. Cuando Fontana redactaba, era Consejero Nacional del Movimiento, Procurador en Cortes y responsable del Sindicato Textil. Lo relevante del caso es que las referencias paisajísticas transcritas no resultaban extrañas a sus hipotéticos lectores catalanes. Todo lo contrario: mediante ellas quería poner en evidencia el terreno común que el productor de imágenes y sus consumidores compartían. Y no resultan extrañas porque, por un lado, retoman la mirada so-

¹⁸ José M.^a Fontana, *Los catalanes en la Guerra de España*, Madrid, Samaran, 1951, pág. 8. Años más tarde publicará otro libro de memorias: *Dos trenes se cruzan en Reus*, Barcelona, Acervo, 1979. Para el conjunto de la producción de Fontana, véase Joan Maria Thomàs, *José M. Fontana Tarrats. Biografía política d'un franquista català*, Reus, Centre de Lectura, 1997. También puede consultarse Ignasi Riera, *Els catalans de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998, págs. 149-151.

¹⁹ Joan Maria Thomàs, *Falange, Guerra Civil, franquismo: FET y de las JONS en els primers anys del règim franquista*, Barcelona, Publicacions Abadia de Montserrat, 1992, págs. 37-45.

bre el paisaje que forma parte de la manera de hacer, del estilo propio de un proyecto político, el falangista, que parte de la premisa de la imprescindible reconciliación de las jóvenes generaciones de españoles con la tierra y el medio ambiente que les había visto nacer y crecer. La retórica imperial del Nuevo Estado franquista, la de la unidad de destino, se alzaba sobre materiales tangibles, los que aportaba la plural geografía española: de la adusta Meseta castellana —fossilizada en sus rasgos primordiales desde la Generación del 98— a los altivos Pirineos, de la florida Andalucía al Cantábrico mariner y abierto al océano, camino de grandes empresas evangelizadoras. Gentes tan diversas como el monárquico José María Pemán, el conservador liberal Josep Pla, el por entonces seducido por el fascismo italiano Carlos Sentís, o el atrabiliario Ernesto Giménez Caballero estaban dando, y darían, a la prensa y a la imprenta reflexiones filosóficas, guías regionales y comarcales o diarios de viajes, en las que el elemento definidor, permanente, ontológico, de Galicia, Andalucía o la Costa Brava catalana, era el paisaje, depósito del legado dejado por las civilizaciones históricas y marco que determinaba la manera de ser de sus habitantes, patrimonio nacional y signo de identidad regional adecuado a la variante pseudofederal de la retórica franquista, la del regionalismo bien entendido, la de las tierras y los hombres de España.

Tampoco debían parecer raras a los lectores las fórmulas que se incluyen en el párrafo siguiente, las que aluden al cariño por unos parajes, los de la infancia y la juventud, en los que es posible alcanzar la visión, «casi wagneriana», de las barras catalanas proyectadas desde la vidriera en las que el artesano las ha reproducido hasta la cúpula de la iglesia del Cenobio. Ambas, las del valle y las montañas humanizadas por la acción secular del hombre y de la Iglesia, así como la de las reverberaciones simbólicas, forman parte, también, del legado que las sucesivas miradas modernista y *noucentista*, vinculadas consecutivamente al regionalismo y al nacionalismo catalán. Fontana refuerza esta herencia mediante un recurso fácil, pero muy significativo: el primer capítulo aparece encabezado por unos versos de Joan Maragall, el poeta por excelencia, aquel que ejerció de mentor, en materia paisajística también, de la generación fundacional de Enric Prat de la Riba²⁰. Los versos escogidos,

²⁰ De hecho, el recurso a Maragall será recurrente en toda suerte de textos, españoles o foráneos, destinados a glosar, en las décadas siguientes, la ciudad de Barcelona o la región catalana. Véase por ejemplo, Robert Goldston, *Barcelona: the Civic Stage* (Illus. by Donald Carrick), London, Macmillan, 1969, pág. 1.

correspondientes a *Estacions*, son aquellos en los que el poeta de *la paraula* se extasía con un claro de luna que tiene un efecto lenitivo, de suspensión en el tiempo de la azarosa realidad; son las estrofas que cantan, en suma, a ese «aire immòbil» que encanta «el jardí florit». El lector puede escoger, José Antonio o Joan Maragall. O bien, como hace Fontana, integrarlos, sin contemplaciones, en *Los catalanes en la Guerra de España*.

Lectura simbólica del paisaje natural, alegorías de identidad proyectadas sobre la arquitectura, ambientes familiares que enmarcan la labor creativa... y todo ello adobado con un par de ingredientes básicos. El primero es compartido con todos los catalanes, es el elemento que le da a su ejercicio de evocación del pasado inmediato un sabor específico, autóctono, reconocible para sus lectores más próximos: el carácter catalán. El material cultural que entronca a Fontana con sus vecinos es idiosincrásico: el particular sentido del humor y, sobre todo, el temperamento sentimental. Un impulso emotivo que ya había sido anotado por José Antonio —«Cataluña es un pueblo esencialmente sentimental, un pueblo que no entienden ni poco ni mucho los que le atribuyen codicias y miras prácticas en todas sus actitudes»— y que autores como Pla convertirán en el eje explicativo de las virtudes y los defectos de los catalanes²¹. Es esa mirada al mismo tiempo sensible e irónica la que hace de Fontana alguien que se precia de ser tan catalán como el que más.

No por franquista es, sostiene, menos o peor catalán que los catalanistas: «Al fin y al cabo —concluyen las palabras previas—, no es bastardo quien se parece a los suyos»²². Bien es cierto que le conviene, asimismo, resaltar las singularidades. El aceite puede ser el mismo, pero el aliño de un catalán franquista tiene un sabor especial. Él, viene a decir, es de los que no ha renunciado, en pro de la necesidad de diferenciarse del resto de los españoles, a la pimienta. El condimento fuerte es la reivindicación del flamenquismo y de las corridas de toros. Dos tradiciones tan autóctonas como los cantos y los bailes regionales a los que el catalanismo habría execrado por mero afán de desemparejarse, en su equivocado deseo de hallar, en la ruptura de la unidad nacional española, el camino superador de

²¹ Discurso «Los vascos y España», recogido en Agustín del Río Cisneros (comp.), *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera*, Madrid, Publicaciones de la Dirección General de Propaganda, 1950, pág. 195.

²² Véanse las reflexiones de Pere Anguera, en el prólogo a J. M. Thomàs, *José M. Fontana*, págs. 9-16.

las limitaciones y las dificultades que presentaba la España del tránsito del siglo XIX al XX.

Fontana, y los suyos, no son ni «catalanes desteñidos ni traidores a nuestra estirpe». Como los catalanistas ellos también vibran, con similar intensidad, al pulsarse la fibra íntima del solar nativo; o, por ser algo menos retóricos, se emocionan cuando evocan los rasgos definitorios de la tierra que les vio nacer y la suerte del linaje en el que entroncan. Como los catalanistas también han asumido una mirada crítica ante España, una nación «sin norma ni empresa, perdida entre el chin-chin patriotero y las nostalgias del pasado». Aunque, a diferencia de ellos, no han renunciado, como José Antonio, a criticarla desde un amor nada autocomplaciente. Y no lo han hecho porque, entre otras cosas, saben que la hipotética oportunidad de las aventuras singulares, catalanas, en el marco de las naciones y los Estados ya ha pasado. Razones raciales y geográficas, cuando no la debilidad de las virtudes colectivas, impidieron, hace siglos, la travesía separada. En ese contexto, la tentación de refugiarse en tiempos de tempestad en la casa de los padres, o bien la de proceder a la exaltación indígena, no son más que actitudes propias de mentes infantiles ante las dificultades externas. La idealización del claustro materno, cálido pero alejado de la vida exterior y, en última instancia, imposible de alcanzar en un inverosímil viaje de retorno, no constituye el horizonte de actuación de esos catalanes viriles, y por ello españoles, de adscripción joseantoniana.

De hecho, como falangista había entrado en Cataluña allá por el 1938. Lo había hecho por las comarcas meridionales, en el marco de la Batalla del Ebro²³. El recuerdo de ese momento aclara las tensiones internas del catalán español. Fontana se libera de los prejuicios. Durante años había mirado con prevención, cuando no con abierta hostilidad, aquellas manifestaciones culturales asociadas al catalanismo. Ahora, puede reencontrarse con las sardanas que reverberan en los altavoces del Servicio de Propaganda que acompañaba a las divisiones nacionales. Rescatadas de su significado político en este momento remiten a la pureza de las danzas clásicas griegas, a la limpidez del paisaje y de los aires mediterráneos. Más aún. La misma poesía de un Ventura Gassol, aquel poeta que acompañaba a Francesc Macià y le dotaba del don de la palabra, editada por la Comisaría de Propaganda de la Generalitat Republicana,

²³ J. M. Thomàs, *José M. Fontana*, págs. 53 y ss.

puede ser saboreada si se le descuentan «las frases lamentables del odio».

¿Qué enmarca ese descubrimiento de lo propio? De nuevo, el paisaje. El reencuentro tiene lugar en esa comarca desconocida, bella y desconocida, que tiene por capital Tortosa. Curiosamente, en el imaginario paisajístico del catalanismo, las tierras del Ebro habían jugado siempre un papel poco relevante, menor frente a la potencia plástica de la Cataluña vieja, la de los Pirineos y el Montseny, la de la Cerdanya o la Plana de Vic. Fontana lo vindica, y lo presenta como un espacio que arranca de los arrozales del Delta, plateados y tiernos. Que se prolonga en la mancha cenicienta de los campos olivareros del Montsià y los Puertos; salpicados, como no podía ser de otra manera, por los pueblos alegres y blancos. Que culmina, en fin, en las alturas interiores, boscosas y agrestes en las que mora la cabra hispánica. Un paisaje, diverso pero articulado, como el de Cataluña o como el de España que, en la medida que se entiende todo, completo, sin renuncias, explica a sus gentes, bellas y dulces, infantiles y bravas. «Me gusta tanto —remachará—, que me agrada que aquel cielo y aquella luz únicas fueran los últimos que viera antes de volarme el alma». Tierra de promisión en 1938, las comarcas meridionales de Cataluña devienen el territorio de tránsito hacia la liberación definitiva para el católico, creyente pero poco piadoso, que era Fontana²⁴.

A un catalán falangista la Guerra de España le ha permitido conocer, y reconocerse, en las tierras y las ciudades del País Vasco y

²⁴ J. M. Fontana, *Los catalanes*, págs. 261 y 262. J. M. Thomàs, *José M. Fontana*, pág. 22. De hecho, la evocación del paisaje como factor de acogida y reencuentro tenía una larga tradición. Acaso pueda situarse como punto de partida la espléndida crónica de José Pla, *Retorno sentimental de un catalán a Gerona*, publicada en *La Vanguardia Española*, el 10 de Febrero de 1939; pág. 3. El texto de Pla empezaba con las siguientes palabras: «Un simpático matrimonio, en misión de *Auxilio Social*, ha tenido la amabilidad de devolver, por unas horas, a un catalán a su país, y así me ha sido posible llegar a mi Ampurdán nativo, pocas horas después de ser liberado por las tropas del Generalísimo Franco. Al salir de Barcelona, por la carretera del litoral, y atravesar, en una mañana de sol mediterráneo, tibio y rutilante, los pueblos de la costa de levante, uno queda sorprendido de la tranquilidad y de la paz que respiran. Estos pueblos no parecen haber conocido la guerra para nada. Están intactos. Hay, desde luego, una diferencia fundamental entre los pueblos industriales —donde la gente lleva en la cara las huellas del sufrimiento y el hambre— y los pueblos agrícolas, donde la desconfianza natural de los payeses frente a las utopías social-comunistas, les ha permitido con toda clase de arbitrios perfectamente ilegales por lo que se refiere al gobierno de Negrín, pero absolutamente justos y lícitos, comer más o menos y ayudar indirectamente al triunfo de las armas nacionales».

de Castilla, sobre todo de Castilla. La ironía mediterránea se ha dado de bruces, en las Navidades de 1936, con los barrios viejos de la inmortal Salamanca; con sus piedras y con los campos que la circundan. La comparación, dualista, sobreviene inevitable. Castilla menosprecia lo físico y lo material. Sus bellezas son espirituales. La finalidad de Castilla se plasma

... en la proyección infinita de sus campos, en el rumor eterno de sus ríos, en el vuelo indiferente de sus cigüeñas, en la elevación de espadañas, choperas y castillos y en aquellas puestas de sol que transforman su bóveda en solemne y litúrgico cimborrio.

La herencia machadiana ha pasado por el tamiz de José Antonio y de Onésimo Redondo. El tortuoso, y cerrado, urbanismo de las villas medievales mediterráneas da paso a un poblamiento abierto, aquel en el que ciudad y campo se entrecruzan, se mezclan sin barreras ni límites. La sentimentalidad catalana, a su vez, se ve superada por el ideal castellano, el encadenamiento a las raíces físicas del municipio levantino a la liberación del ideal hispánico:

¡Cómo comprendía ahora aquella bella comparación que oyera a José Antonio entre la tierra próxima, hermosa y atractiva que prende los sentimientos, y aquella otra, dura e inhóspita, sin vida vegetal, que fuerza a elevar la mirada al cielo en busca de Dios, o de la Empresa!

Catolicismo e Imperio se enraízan en Castilla. Éstas, sin embargo no son las únicas tierras, los únicos paisajes de la España redescubierta en plena Cruzada. Frente a la ausencia de paisaje que se da en Castilla, el catalán nacional tiene la oportunidad de recorrer las comarcas vascas. Allí, gustador de paisajes como es, se entretiene en describir los montes, bosques y valles de un verde sedante; la relación de éstos con la obra humana de los caseríos y los monumentos, y el mar. Un mar que, como en Castilla los campos, forma parte de la ciudad, de la San Sebastián marinera. Si en Cataluña, dirá un Fontana que piensa sobre todo en Barcelona, los pueblos viven de espaldas al mar, y lo limitan a su uso material de medio de comercio, en la «bella Easo» el Atlántico se funde con el tramado urbanístico.

La guerra, en suma, ha propiciado el viaje. Y éste ha permitido componerse una imagen compleja del paisaje de España. Un territorio contrastado y plagado de matices. Pero, al fin y al cabo, nación; también la de los catalanes. Pues, como anota el joseanto-

niano reusense, «El contraste es a fin de cuentas una forma de relación»²⁵.

EL GOBERNADOR CIVIL ENTRA EN ESCENA

¿Es el de Fontana un caso excepcional? El haber sido presentado como una especie de *outsider*, un joven de familia burguesa venida a menos, un pobre entre los ricos, resentido con el ambiente de la Cataluña de los años treinta, así podría sugerirlo. Se trataría, ni más ni menos que de un caso de autoafirmación mediante el uso de la potencia plástica de las imágenes paisajísticas como factor de identidad, permanencia en el tiempo y capacidad para trascender las barreras ideológicas. En realidad los ejemplos se podrían multiplicar, y no sólo entre los catalanes de nacimiento. El caso de Bartolomé Barba Hernández, muestra hasta qué punto incluso las autoridades del Nuevo Estado podían, en función de su percepción de las necesidades de ganarse las voluntades de sus administrados así como de su propia idiosincrasia y de sus puntos de vista sobre la geografía y el territorio, recurrir a la misma batería de argumentos. Ciertamente, como en la mayoría de los enclaves de lo que había sido la zona republicana, el grueso de las autoridades de las cuatro provincias catalanas no recurrió a florilegios para sostener el principio de autoridad. Pero también en el franquismo hubo quien sintió la necesidad, o la conveniencia, de congraciarse con una parte de la sociedad a fin de operar con mayor efectividad en temas tan diversos como los abastecimientos, el combate contra los focos guerrilleros y las amenazas de invasión del maquis o la represión de los primeros síntomas de agitación y malestar social o laboral.

Barba tomaba, en agosto de 1945, posesión del Gobierno Civil de Barcelona²⁶. Oficial de carrera, antiguo integrante de la *Unión Militar Española*, tiene una percepción muy precisa, y bastante determinista, del medio geográfico. Aun partiendo del libre albedrío que al ser humano le proviene por el hecho de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios, si algo le determina es la geografía. Por ello, para conocer España es preciso conocer su geografía. Aunque sea mediante los manidos tópicos de siempre:

²⁵ J. M. Fontana, *Los catalanes*, págs. 307-309.

²⁶ I. Riera, *Els catalans de Franco*, págs. 331-334.

En la periferia es fértil, verde y recortada en Galicia, sometida a lluvias benéficas en todo el Norte, acariciada por el Sol en toda la cuenca del Mediterráneo. En el centro, en cambio, las lluvias son escasas, las temperaturas extremas. La Naturaleza es pródiga en algunas regiones cubiertas de cereales, pero por lo común la meseta es difícil de cultivar, y sólo da a sus hijos sus beneficios a cambio de un copioso trabajo. Esto los hace fuertes sufridos, dispuestos a la lucha.

En rigor, como apuntábamos, nada nuevo. Como tampoco la aseveración de que de esa rudeza medioambiental deriva que

... parece además que [esos castellanos mesetarios] estuvieran más cerca de las verdades eternas que los habitantes de otros países, pues no les desvía de la realidad trascendental de las cosas un exceso de comodidades materiales. El terreno de la altiplanicie es esencialmente cósmico, y el paisaje, menos modificado que los restantes de la Península por la industria humana o por las galas de la Naturaleza, da al hombre la impresión exacta de habitar en uno de los astros que ruedan por el espacio infinito²⁷.

Al evocar su paso por el Gobierno Civil, en unos momentos, tan delicados como los que siguieron al fin de la Guerra Mundial, Barba no puede no hacer uso del paisaje para ensalzar a una Cataluña que, desde los tiempos que habrían quedado recogidos en las crónicas medievales de Ramon Muntaner, poseería el rango de primera voz en defensa de la unidad de todos los hombres y las tierras de España. Sería también en ese momento de la historia cuando se hizo notorio un segundo rasgo: el carácter anticipatorio de Cataluña, a través del Mediterráneo, en la vocación imperial de las Españas. El hecho de que en otros tiempos las armas catalanas se oyeran, como españolas, en Sicilia y en Nápoles, y que llegara a conmovier «las ruinas de la sagrada Acrópolis de Atenas», conferían a los catalanes la potencialidad de colaborar, en primera línea, en las empresas imperiales de la nueva España.

Esa aptitud para el Imperio arrancaba del arraigo previo en un medio que tenía que ser reconocido, y aun estimulado. Para hacerlo, Barba no usa a Maragall, aunque tampoco va muy lejos. De

²⁷ Bartolomé Barba Hernández, *Dos años al frente del Gobierno Civil de Barcelona y varios ensayos*, Madrid, Javier Morata, 1948, págs. 109-110. Véase Juan Carlos Losada Malvárez, *Ideología del Ejército Franquista, 1939-1959*, Madrid, Istmo, 1990, págs. 25-28.

hecho, y para sintonizar con un público más amplio al que Muntaner le quedaba lejos, retrocede a un tiempo intermedio, el de la *Re-naixença* tardía, para citar a Jacint Verdaguer. El sacerdote mítico es el vate que cantaba a su patria, que lo hacía «desde la altura», e incluso, lo que no parece molestar en exceso a Barba, que obraba con ciertos aires imperialistas o pancatalanistas, pues extendía su mirada desde «Valencia hasta Rosas».

Un poeta, Verdaguer, que, a la manera convencional, percibía la orografía entrelazándose en sierras, collados y llanuras en las que se diseminaban las masías, los pueblos y las aldeas, contrapunteados por templos y ermitas «que parecían las gradas para llegar hasta el cielo». La naturaleza, de filiación deísta, se confundía con la obra del hombre. La armonía nacía de la adecuación de esta última a los rasgos ambientales. En el corazón de ese entramado, omnipresentes, dándole vida y sentido, las «blancas masías». En el interior,

... la mesa de roble preside en el centro de la sala el conjunto de las rústicas sillas, mientras espera que a la hora de la comida, cuando la cristiana familia se reúna, baje hasta ella la reluciente cerámica en cuya superficie se refleja diminuta la llama apetecible del llar²⁸.

El verdadero corazón de Cataluña se halla en sus masías. Las familias, con su gusto por conservar inmutables las costumbres y los valores del pasado, dan sentido a ese espacio. No se pierde, dirá, el pueblo que gusta de sus tradiciones; ese, el tradicionalismo, es el patrimonio que aporta a la empresa de la España común.

En consecuencia con esta perspectiva, Barba acabará dando un paso en falso, tomando una iniciativa que le costará el cargo. Y no deja de resultar paradójico que ésta tenga que ver con un proceso fundamental en el intento de recomposición del paisaje nacional, integrando en él los territorios simbólicos del catalanismo bien entendido. Barba, en una decisión que le resultará fatal, concederá su confianza a la Comisión Abad Oliva, en la que no faltaban católicos catalanistas, como organizadora de las fiestas de entronización de la Virgen de Montserrat²⁹.

²⁸ B. Barba Hernández, *Dos años al frente*, págs. 20-21.

²⁹ M. Martín, *Catalanisme, clientelisme*, págs. 38-39.

EL PEDAGOGO SE ADAPTA. DE *TERRA I ÀNIMA* A *TRADICIÓN Y PAISAJE*,
UN CAMINO DE IDA Y VUELTA

Es bien sabido que en el marco de la República la escuela catalana, y catalanista, vivió una época de esplendor. Una pléyade de pedagogos comprometidos tanto en el avance de las técnicas escolares como en la conformación de una conciencia nacional específicamente catalana se insertaron en un tejido escolar en expansión. Entre esos maestros figuraba Anicet Villar i de Serchs. Marta Mata, una de las figuras clave de los esfuerzos de renovación pedagógica en los años del franquismo tardío y de la transición, lo recordaba como un maestro enciclopédico; alguien capaz, de manera amena, de llegar a sus alumnos y darles a conocer las diferencias entre Esparta y Atenas, entre Roma y Grecia, entre los católicos y los protestantes. El resultado era que, en sus clases, el estudiante se divertía y aprendía geografía e historia o ciencias de la naturaleza³⁰. Este pedagogo, autor de numerosas obras orientadas al consumo infantil y juvenil, editaba en 1934 la primera edición de la que iba a ser su obra emblemática: *Terra i ànima. Lectures sobre coses de Catalunya*. Lo hacía, tal como figuraba en la portada del libro, en su condición de profesor de catalán del censo de la Generalitat republicana. La obra consistía en un agregado de ojeadas sobre Cataluña. A lo largo de casi trescientas páginas, convenientemente ilustradas por el mismo autor, se procedía a dar un repaso a los lugares más emblemáticos del país, una mirada sobre sus más conocidas leyendas, y un recordatorio de los hombres que, vinculados a la *Renaixença*, o a momentos posteriores de la actividad artística, literaria y política, habían hecho posible el lento pero inexorable proceso de nacionalización del país. Lógicamente, en el apartado organizado a partir de la localidad leridana de Les Borges Blanques, constaba la elegía de Macià.

El autor dedicaba su trabajo a los jóvenes —«als nois grans»— de las escuelas catalanas y a aquellos catalanes que conservasen la fe de la infancia. Su único mérito, advertía, era el haber sido dictada «pel seu amor a Catalunya»³¹. La obra, que aparecía en una colec-

³⁰ Entrevista a Marta Mata en *Espai de llibertat*, Barcelona, n. 5, primer trimestre de 1997. Entre los miembros de esa generación de pedagogos que se han asociado a la *Escola Catalana* figuraban Manuel Ainaud, Josep Estalella, Angeleta Ferrer, Alexandre Galí, Eladi Homs, Artur Martorell, Rosa Sensat o Pau Vila.

³¹ Dedicatoria incluida en la pág. 7 de la 1.ª edición de *Terra i ànima*, Barcelona, Salvatella, 1934.

ción específica denominada Pedagogía Catalana, estaba enmarcada por cuatro retratos de aquella nómina de creadores de la moderna nación catalana: Jacint Verdaguer, el poeta; Joan Maragall, el literato; Angel Guimerà, el dramaturgo; y Enric Prat de la Riba, el político. La estructura de las sucesivas entradas se organizaba en base a un dibujo del territorio que obviaba los límites provinciales, obsoletos desde un punto de vista catalanista, pero que todavía no podía reconocerse en la estructura comarcal que quedaría fijada, en 1936, con la precipitada conclusión de los trabajos de la ponencia que, desde 1931 y con el objetivo de asentar una nueva división territorial, presidía el geógrafo Pau Vila³². En realidad, Villar era deudor, en este campo, el de la búsqueda de una nueva ordenación del territorio que singularizase el hecho catalán y desbordase el marco provincial, de los primeros estudios sobre división comarcal elaborados por Norbert Font i Sagué en 1897³³.

No nos detendremos, ahora, en los rasgos básicos de la edición de 1934. Baste recordar que empezaba con una mirada sobre Ripoll, y que ésta era inequívocamente nacionalista:

... el bressol de la nació catalana, bell i sumptuós bressol, amb muntanyes alteroses que li fan de baranes i amb dos rius que s'hi ajunten i li canten una cançó d'amor i d'esperança³⁴.

O que la glosa del fundador del moderno catalanismo político, Prat de la Riba, concluía asegurando que era a él a quien más debía la nueva Cataluña y que su ejemplo de hombre honrado y de patriota cabal le hacían digno de imitación³⁵.

Además de una realidad nacional, y aún precisamente por ello, la catalana es, en su paisaje, una realidad compleja. Cada comarca tiene una cualidad que la define. El Penedès, por ejemplo, es la tierra de la elegancia. Y entre todas ellas hay grandes variaciones:

Aquest Pla d'Urgell és terra viril i madura. Qui hagi vist altres contrades de Catalunya, com les d'Olot i de Banyoles, per exemple, n'haurà tret una impressió de joventut. La terra hi és juganera,

³² *Diccionari d'Història de Catalunya*, pág. 1117-1118.

³³ Jordi Bohigas, *Norbert Font i Sagué: Ciència, religió i catalanisme a la Catalunya finisecular (1890-1902)*. Trabajo de investigación UdG, 2004. La división comarcal en Jesús Burgueño, *Història de la divisió comarcal*, Barcelona, Rafael Dalmau, 2003.

³⁴ *Terra i ànima*, 1934, pág. 9.

³⁵ *Terra i ànima*, 1934, pág. 88.

capriciosa, un xic desgavellada i lleugera; cal atansar-s'hi i subjectar-la per tal de fer-la obedient i productiva. La de l'Urgell és asenyada, brega per si sola, talment com si tingués consciència de la seva missió i un sentit pregon de responsabilitat³⁶.

El contraste no es baladí; explica, por ejemplo, las diversas formas de asentamiento humano: la masía, dispersa y en contacto permanente con la tierra en las comarcas orientales del país; la concentración del doblamiento en localidades apiñadas y relativamente grandes en las tierras de poniente. E incluso, la diversidad de técnicas de construcción; frente a la piedra de la Cataluña vieja, esa fértil tierra leridana facilita al hombre el material fácil y abundante para erigir sus casas.

Villar fue una de las víctimas de la depuración del magisterio. En la memoria de Mata se le recuerda obligado a residir cinco años en tierras de Castilla por el hecho de haber escrito libros en catalán. En todo caso, su reaparición no tardó mucho. El 17 de agosto de 1942 el censor eclesiástico concedía el *nihil obstat* para la impresión de un librito escolar. El título era, de nuevo, toda una declaración de principios: *Tradición y paisaje*. A lo largo de 122 páginas el autor, ahora reconvertido en Aniceto Villar, ofrecía, de nuevo, una serie de retratos de lugares emblemáticos de Cataluña. En rigor, muchos de ellos procedían de la reutilización de capítulos integrados en las sucesivas ediciones republicanas de *Terra i ànima*³⁷. La primera de las entradas, ahora, dejaba de ser la de Ripoll para ir dedicada a la ciudad de Gerona, y estaba ilustrada con el mismo dibujo de la empinada escalinata que se encarama hasta las puertas del Seminario Diocesano. El tono ha variado. El autor, sin más preámbulos ni dedicatorias, empezaba con estas elocuentes palabras: «¡Gerona! Basta enunciar su nombre para que el recuerdo nos traiga a la mente brillantes páginas de la historia de España»³⁸. De esta manera, Villar abría un recorrido que en este momento estaba organizado por provincias. La de Gerona contaba con once entradas. Algunas se continuaban ocupando de los núcleos de población más importantes —Figueras, Olot o Santa Coloma de Farners—, otras de

³⁶ *Terra i ànima*, 1934, págs. 130 y 243.

³⁷ El libro de Villar se inscribía en una larga relación de textos de lectura para niños y jóvenes que, en línea con lo experimentado en otras culturas nacionales, procuraban una especie de viaje simbólico, completo e identitario por la patria. Véase, por ejemplo, Federico Torres, *Viajes por España, Manuscrito*, Barcelona, Salvatella, 1940, 10.^a edición.

³⁸ *Tradición y paisaje*, 1942, pág. 7.

leyendas o fenómenos geográficos. Los Pirineos, explicados como la obra mítica de Hércules, forja en pleno primer franquismo de la «corona de la inmortal España», o la fundación del Monasterio de Ripoll, completan un recorrido previsible. Las veintiuna puertas a través de las cuales introduce al joven lector en la provincia de Tarragona tienen una estrecha similitud con las anteriores. El hecho urbano se mezcla con el retrato evocativo de los grandes centros monacales —Santes Creus, Poblet, Scala Dei—, con las labores agrícolas, las leyendas de santos y personajes del medioevo, o con la loa del factor de esfuerzo, dignidad y gusto por el trabajo bien hecho que preside las torres humanas, los *castells*, izados por la *colla* de los *Xiquets* de Valls. Los contrastes contribuyen a conformar el todo. Si Mora d'Ebre permite sacar a relucir la actividad frenética de su vida moderna, agrícola y fabril, fecundada por las aguas, de paso tranquilo y milenario, del Ebro, Gadesa será el contrapunto necesario: la tierra seca y dura que, con todo, ha visto adaptarse la viña, los almendros y los olivos «de tal modo que le quitan su aridez y la visten de un verdor serio y moderado»³⁹.

Barcelona y Lérida merecen, por su parte, más de veinte entradas cada una. Las tradiciones productivas de tipo antiguo —los encajes— tienen su lugar junto a las leyendas, los omnipresentes lugares de culto y los hechos urbanos que definen comarcas en las que lo determinante es el peso de lo rural. Ciertamente, Sabadell y Terrassa, de pasada, o Mataró, con la remembranza del primer ferrocarril español introducen notas de urbanismo. Pero leves. Mucho más leves que en las ediciones republicanas. En esas, ambas ciudades vallesanas tenían apartados específicos y se anotaba, con cierta delectación, el potencial industrial de las mismas y la capacidad de asimilación de toda suerte de innovaciones tecnológicas asociadas con el universo fabril⁴⁰.

En 1942, el conjunto de cuadros evocan, por contraste con el gráfico que les acompaña —normalmente una Iglesia, una Seo, una plaza Mayor—, una Cataluña básicamente agraria. Las montañas erguidas o las llanuras, como la de Urgell, que continúa siendo «fertilísima, que parece estar dominada por el afán de producir y multiplicar la vida». La vegetación cubre el territorio, le da un sentido dinámico, productivo. Al fin y al cabo, ese paisaje feraz lo es por obra del ingenio y del trabajo humanos⁴¹. Barcelona y Montserrat —montaña de la que se

³⁹ *Tradición y paisaje*, 1942, págs. 47-50.

⁴⁰ *Terra i ànima*, 1934, págs. 89-91.

⁴¹ *Tradición y paisaje*, 1942, pág. 96.

particulariza el culto mariano antes que una supuesta centralidad regional— permiten la alusión a un poeta clásico en la codificación de la moderna lectura del paisaje catalán: Verdaguer. Y la capital, aparte de sus orígenes míticos, también hercúleos, se define mediante dos argumentos: el dinamismo, el crecimiento que le lleva a desbordar, a lo largo de la historia, los cinturones amurallados que la protegían pero la constreñían; y la mediterraneidad:

Actualmente es la primera ciudad del Mediterráneo, la mayor y más espléndida de cuantas se asientan en las riberas de este mar cálido y tranquilo que es la cuna de la civilización, el centro de toda la historia humana y el origen de la más alta y fina cultura del mundo, en la cual ha tenido, tiene y tendrá España tan brillante participación⁴².

En cierta medida la españolización de Cataluña a través de su paisaje culmina, en la trayectoria de Villar, con la edición, en 1951, de un *Paisaje y espíritu de España*. Citando a Unamuno, Villar asegura que «La primera honda lección de patriotismo se recibe cuando se logra cobrar conciencia clara y arraigada del paisaje de la patria». Ese paisaje incluye la naturaleza, unos castillos y monasterios «depositarios de un alma muy nuestra y evocadores de un pasado en continuidad con el presente», de algunos episodios históricos y de esas leyendas que «han sabido expresar alguna faceta de la tierra o el alma e nuestra patria». Ahora el recorrido se inicia en Castilla la Vieja, y dentro de ella, en Ávila. El recurso básico es un cúmulo de referencias literarias. Villar no conoce el paisaje español con la misma intensidad que el catalán, pero puede generar su propio rompecabezas paisajístico nacional recurriendo a Unamuno y a Pío Baroja, a Juan Valera y a Ortega y Gasset. Para lo catalán siempre le queda su propia aportación⁴³.

Pues bien, en la misma editorial Salvatella, veinte años más tarde de *Tradición y paisaje*, y una década después de haber dado a la luz *Paisaje y espíritu de España*, el propio autor, recuperándose como Anicet Villar de Serchs, vuelve a publicar *Terra i ànima*. La organización provincial de las entradas ha sido sustituida por una más conveniente, desde el punto de vista catalanista, aproximación comarcal. Las 122 páginas se han ampliado hasta 295, recuperando muchas de las escritas en 1934. A Verdaguer le acompaña un recuperado Joan Maragall; los nombres de las personalidades vinculadas a la Renaixença y

⁴² *Tradición y paisaje*, 1942, pág. 59.

⁴³ Aniceto Villar, *Paisaje y espíritu de España*, Barcelona, Salvatella, 1951.

a la cultura catalana del XIX y primer tercio del XX aparecen con profusión: de Buenaventura Aribau y Joaquim Rubió i Ors a Àngel Guimerà, de Narcís Monturiol a Felip Pedrell o Marià Fortuny. Ciertamente, se evitan los más contaminados por lo político, pero el panteón se restaura con el grueso de las glorias nacionales de la edición de 1934. Del mismo modo, aquellas entidades que han hecho posible el conocimiento del país —por ejemplo, el Centre Excursionista de Catalunya— y cuya trayectoria se imbrica con la del catalanismo en el sentido más lato posible son, de nuevo, evocadas. Las miradas de 1942 se completan ahora con nuevos escenarios. Y los que habían sido abordados lo hacen de nuevo: algunas entradas son transcripciones literales que han venido reproduciéndose desde 1934. Otras introducen matices significativos. Aquella entrada con la que se abría el libro, la de Gerona, ha cambiado, y de forma sustancial. Es cierto que se halla más adelante —en la página 33— al estructurarse por comarcas, el Alto Ampurdán precede a cualquier otra visión; pero es que además desaparecen las glorias históricas de España. Ahora se escribe:

Pocs fulls podreu girar de la història de Catalunya sense trobar-hi el nom d'aquesta ciutat heròica, sagrari que estoja i defensa amb zel insuperable l'esperit de la nostra raça.

¿Qué raza? Hay una calculada ambigüedad en ello, pero la lectura del conjunto de la obra lleva a contestar, ahora, la raza de los gerundenses, y la de los catalanes. Como en 1934.

El libro es, formalmente, el mismo que el de 1934 y el de 1942. La misma portada con la imagen de Sant Jordi asaeteando al dragón. Entre ésta y el texto, entre el texto y la contraportada, los mismos dibujos de Ripoll y Poblet, de Montserrat y Vallbona de les Monges que, en 1942, habían sustituido a los cuatro patriarcas nacionales de 1934. Algunos capítulos son una mera traducción— véase por ejemplo el aludido a Mora d'Ebre—; y, sin embargo, el libro es distinto. En 1942, el paisaje era, junto a la tradición, un medio a través del cual continuar dando a los jóvenes estudiantes catalanes un material de lectura, ágil y eficaz, que les permitiese forjarse una identidad: la catalana, pero a hacerlo en un contexto de españolización rampante, integrando sin ambages aquello que era integrable a una común identidad española. En 1961, las posibilidades son otras. *Terra i ànima* no es, como no lo era en sus ediciones de 1934 y de 1942, una obra de combate político, pero transmite una cierta idea de Cataluña. Una idea que, poco a poco, puede ir no ya singularizándose sino apartándose, por omisión, de lo que era una empresa común veinte años antes.

¿Estamos ante un impúdico ejercicio de acomodación de un mismo discurso pedagógico —no se olvide que el producto está orientado a los jóvenes estudiantes como material de lectura— a las sucesivas coyunturas? No creemos que sea ésta la cuestión que haya que formularse. Más bien, de la confrontación de las diversas ediciones parece que nos hallaríamos, con *Tradición y paisaje*, ante un ejercicio de posibilismo catalanista en los tiempos más duros de la posguerra. Un ejercicio que sólo el paisaje y la tradición hacían viable.

NOTA FINAL

Desde 1939, si no antes, el franquismo procuró, haciendo uso de las aproximaciones simbólicas al paisaje que arrancaban del tradicionalismo católico y de las de raíz joseantoniana, el retorno de una España nacional. El grueso del patrimonio artístico y paisajístico debía ser recuperado frente a un doble lastre. Por un lado, había que cerrar una de las dimensiones centrales de la crítica regeneracionista: la de la afirmación teórica de la sociedad civil frente a un Estado que los hombres del 1898, siguiendo en buena medida el hilo conductor establecido desde mediados de siglo por el institucionismo, consideraban fracasado en sus orientaciones históricas. El recelo hacia la aproximación autónoma y crítica para con la naturaleza y el paisaje de Castilla y de España que los promotores de la Institución Libre de Enseñanza habían estimulado dará paso al control del Estado —y del partido único—, del Ejército y, a lo sumo, de la Iglesia en la gestión del saber, así como en la gestión del contacto juvenil con el medio natural que un siglo de liberalismo habría patrimonializado y puesto en peligro. En ese ejercicio de lectura simbólica del paisaje jugaron un papel determinante la nostalgia y la preservación activa de ciertas palabras y de algunos edificios y lugares de toda la geografía peninsular.

La segunda de las rémoras de las que nos hemos ocupado en las páginas precedentes nacía de la potencia de las lecturas autónomas, y tendencialmente antagónicas, que del territorio y de los paisajes había hecho el nacionalismo catalán. La labor de restitución de esos espacios permitió, no sin tensiones, la forja de un terreno de encuentro con una parte significativa de la ciudadanía catalana aterrorizada por la deriva de los años precedentes, y contó con la colaboración, en ocasiones entusiasta, de no pocos intelectuales y literatos que descubrieron en esa esfera de especulaciones un mecanismo de preservación, e incluso fomento, de la catalanidad en un contexto de frenética labor españolizadora.